

De pie ante él, tenía las dos manos puestas sobre sus hombros en un ademán paternal. Más parecía sostenerlo que apoyarse en el cuerpo, hundido con vencimiento en la muelle amplitud del sillón. Era un hombre alto, bien vestido. Dentro del marco de su barba rubia, la boca sonreía casi siempre, y tras el monóculo, donde se resumía su mirada—el ojo izquierdo parecía existir por necesidad de simetría, no por complemento de un sentido—, la pupila azul hacía pensar en algo muy penetrante, pero muy discreto. Su voz tenía ese tono persuasivo de los hombres que sabiendo muchas cosas de la vida, se placen en decirlas con dejos de ligereza. Todo el mundo le llamaba *su mejor amigo*, porque aconsejaba siempre lo que cada cual quería hacer. En París era el último recurso de los artistas españoles derrotados, que no dejaban de hallar en él un socorro corto y eficaz: la ayuda que le permitían ofrecer su buen corazón y su

experiencia bien nutrida de ingratitudes, unidas á una renta pequeña. Era uno de estos hombres á quienes, aunque nada sepamos de ellos, nos parece que conocemos mucho, porque rien, porque son decisores, porque están siempre en el mismo nivel que quien les habla, porque comprenden fácilmente. Sus amigos tenían que agradecerle que no les contara sus desdichas ó sus contrariedades y que, apenas le hicieran cualquier triste confidencia, un pliegue torvo y vertical alterase la despreocupación de su frente. Como respetaba todas las sensaciones, hasta las de sufrimiento, daba el consuelo, no con tópicos inoportunos, sino con ese silencio que se agradece más, porque es abstracto y porque se llena con las palabras deseadas. Alguien había dicho de él: «Es uno de estos hombres en quienes todas las adversidades han penetrado por la misma herida que abriese la primera, dejándole el exterior tranquilo de un hombre feliz»; tal vez este retrato no fuera injusto. Se llamaba don Juan Antonio Méndez, y tenía cincuenta y cuatro años.

Sentado ante él en un sillón bajo, la cabeza hundida con desaliento, Aurelio Zaldívar escuchaba sus frases, dichas con acento conmovido que delataba el dolor de cumplir una misión ardua. Al comienzo de la entrevista por el rostro

rasurado de Aurelio había pasado una crispación que lo ensombreció, que lo avejentó. Su vista fué de uno á otro de los muebles, hasta concluir fijándose en uno de los arabescos de la alfombra; y el cuerpo, en el que estremecimientos y actitudes no concluídas hacían pensar en una protesta colérica, quedóse al fin quieto, mientras en la tibieza de la habitación amueblada con ese lujo que hace tan homogéneo fondo á los amores malsanos, las palabras de don Juan Antonio Méndez iban surgiendo con apresuramiento, con prisa por concluir.

—Yo no hubiera querido encargarme de decirle esto; pero no quería que se encargara otro. Mister Velist no quiso escribirle, y me fué á ver á mí, que sólo le he saludado una vez, para decirme todo sin rodeos, sabiendo quizá que yo aprecio mucho á usted y que tengo esa indulgencia pasiva que no aplaude ni condena nada... No sufra ni se encolerice, Aurelio. Hay que tener método hasta para sufrir. La ira que no puede alcanzar á quien la excita, es como la bala que rebota. Mister Velist es un inmoral, se ha portado mal con usted... pero se podía haber portado aún peor.

—¡Oh, yo sospechaba que él quería dejarme!... ¡Desde hace tres días su retrato falta de este cuadro!

Y cogiendo de encima de la mesa de laca el marco vacío, lo oprimió con tanta fuerza, que deformó el cuadro de metal, grabándose en la mano un pedazo del adorno que lo enguinaldaba. Golpeó con los tacones la alfombra, y su diestra iba tan pronto á la corbata como á alisar la masa compacta y tersa del cabello. Se veía que deseaba saber lo que Méndez iba á decirle, y que tenía miedo de escucharlo.

—Escúcheme, escúcheme, Aurelio... Nadie sabrá nunca esta entrevista; óigame: sepa totalmente su situación, no la agrave con suposiciones ni la empequeñezca con esperanzas. Yo no soy un juez que viene á juzgarlo: soy un amigo... Mire: quiero repetirle las palabras de mister Velist, que son las que han de tener más importancia, la importancia brutal de todas las cosas que deciden. «Yo tengo que abandonar á Aurelio—me dijo sin preámbulos—. Usted sabe cuánto yo lo quiero; así es que, para que no quede desamparado, y á condición de que no trate de seguirme, le dejo á usted este dinero, el suficiente para que mantenga durante algún tiempo la misma vida que ha vivido conmigo. Los muebles de la casa y todos los del estudio, se los regalo. Los contratos los he hecho poner á su nombre. Aquí tiene usted: yo creo que debe dárselo en mensualidades. En seis meses hay tiempo

de sobra... El puede encontrar fácilmente.» Ya ve usted, Aurelio: trajes, zapatos, teatros, coches, todo está previsto con una prolijidad que nadie supondría en un hombre vehemente y vicioso. No es útil que yo le diga ahora el efecto que me hizo su sobriedad de hombre práctico y su cinismo de hombre rico. Como ya le he dicho, me reduje á estimar la parte de bondad que hay en su acción; me alegré, por usted, de que me entregara este dinero, y comprendí que si no me exigía recibo es porque lo creía difícil de redactar. Ahora hablemos de otra cosa, Aurelio: Yo, en lo fundamental, nada le aconsejo... Creo que no debe abandonarse á estériles desesperaciones; creo que, en todo caso, usted debe sufrir hipócritamente. Para la sociedad que nosotros frecuentamos, ni una confidencia, ni una queja indirecta, ni un reproche; que madame Luzis, que Natalia Roca y M. Argely, que todos los que van á las reuniones de los Craud, no sepan nada. Aquí se tolera todo menos el fracaso. Puesto que su vida exterior no ha de cambiar, ellos pueden muy bien ignorarlo; que sospechen como sospechan ahora, mas que no tengan ninguna certidumbre... Respecto á su vida, tome usted su decisión, escuchando sólo á su deseo ó á su conciencia. Nadie puede aconsejar, nadie debe aconsejar, Aurelio.

Hubo un silencio. Don Juan Antonio Méndez se había sentado. El sol de la tarde incendiaba los estores con su luz amarilla, realzando la cola profusa de un pavo real de oro que miraba en el biombo á una multitud de hombrecitos y de mujercitas de ojos oblicuos. La luz se atenuaba en los extremos de la habitación, y el espejo copiaba la estancia vecina, con su cama protegida por el vasto cortinaje gris, con el tocador cargado de búcaros, de frascos de esencia, de utensilios de higiene y de coquetería: la alcoba suntuosa, en donde debía haber una cálida atmósfera de pecado... Don Juan Antonio Méndez no hubiera querido hablar más; pero en los ojos de Aurelio había tanta gratitud, tanto dolor...

—Aurelio, hablaremos hoy de esto, y no volveremos á hablar nunca más. Quizá tenga razón mister Velits. Seis meses son bastante tiempo ya para persistir en el camino en que estaba, ya para aventurarse en otro nuevo. Usted me ha dicho una vez que su madre está en Madrid, que ustedes nunca supieron entenderse y que ella piensa que usted vive aquí con el producto de sus cuadros; pues bien, Aurelio, acuérdesese de esto que le voy á decir yo, el hombre que ríe siempre, el que tal vez no volverá usted á ver

conmovido como ahora...: No le dé usted á su madre el dolor de saber...

Y estas palabras sencillas desbordaron el sentimiento en el alma de Aurelio Zaldívar. Se irguió y cogió las manos de aquel hombre que cumplía con él la mejor de las obras de misericordia, la que no está preceptuada: saber disculpar. Y á la evocación de aquella madre lejana que conocía apenas, tuvo necesidad de que don Juan Antonio Méndez supiera que él no era un vicioso, que era una víctima, que merecía compasión, estímulos. Las lágrimas avaloraron sus palabras:

—¡Oh, déme las manos, don Juan Antonio!... Le juro que no es rabia, que no es rencor contra mister Velits lo que me hace llorar así; es el dolor de lo que he hecho. Yo quería, pero no tenía fuerza para abandonar esa vida... ¡Si pudiera explicárselo todo en un minuto!... No le prometo nada, pero usted verá cómo soy digno de que usted me haya hablado así!... ¡Mamá!... ¡Mamá!...

Tuvo una crisis nerviosa que se resolvió en llanto. Este grito infantil: «mamá», le recordaba toda su vida de pureza perdida, escenas de ternura y de inocencia, la visión melancólica de su pasado. Y se asía á él como á un talismán, porque á la vez le hacía sufrir y le hacía bien,

porque sentía la necesidad de pensar que todavía quedaba en él algo de niño. « ¡ Mamá, mamá de mi alma..., mamá ! » Y con la cabeza entre los brazos, recostado sobre una silla, sollozaba con largos sollozos.

Don Juan Antonio Méndez se puso en pie, y muy despacio, sin hacer ruido, salió.

Había encontrado un alivio en esa somnolencia que sigue á las crisis violentas de dolor. Recordaba. Y algunos de los episodios infantiles le hicieron sonreír con la cara aún mojada de llanto. Recordó sus años de escolar, llenos de des aplicación, de inteligencia y de tumulto ; recordó el segundo matrimonio de su madre y la casa donde, al venir los hijos tardíos, fué teniendo un lugar cada día más indeterminado, fuera del cariño maternal, fuera de la organización de la vida ; la casa en donde llegó á ser una cuñía que hacía presente á toda hora el recuerdo del reemplazado. Y recordó cómo lentamente se fué alejando, ahuyentado por la cobardía de su madre y por la indiferencia de todos. Estos recuerdos le separaban de la realidad, y sólo por eso le eran agradables. Los lejanos incidentes iban ordenándose en su memoria. Luego

de pasar por aquel que debió ser su hogar, revivió la tarde en que el viejo pintor belga, que había conocido en Lieja á su padre, fué á visitarlos. El era su acompañante en Madrid ; al lado suyo fué muchas noches al Café Francés, á tiendas de anticuarios, á una iglesia de la Bombilla, en la que el anciano pintor pasaba horas y horas mirando los techos. Invirtieron las mañanas en el Museo del Prado. Iba detrás del pintor sin aburrimiento, observando, más que las escenas múltiples y las caras austeras de algunos retratos, cómo la gente casi andaba de puntillas y cómo él mismo, sin saber por qué, no se atrevía á hablar en alta voz. Una vez el viejo se detuvo, y arrastrando mucha la *r* al pronunciar su nombre, le dijo: « Ven acá, Aurelio, ¿ de qué color ves tú este justillo ? » « Verde », dijo él, y el viejo, luego de mirar largo rato: « Pues yo lo veo bermellón... ¡ Ese *sorcier* de Antonio Moro !... »

Algunos días antes de su partida, al salir del bar donde Aurelio había estado escuchando en silencio una discusión interminable sobre Alonso Cano, el pintor le dijo súbitamente:

— Si tu madre quiere, yo te llevo conmigo á Bruselas. Veremos si sirves para pintor.

Aquella tarde, mientras iban camino de su casa, sufrió crueles alternativas. Temía que su

madre se opusiera al viaje, y un lúcido presentimiento advertíale que nadie había de oponerse. Le despidieron con correcta tristeza. Su madre hubiera llorado al besarlo, ¡pero el segundo marido tenía tan mal carácter..., era tan enemigo de las lágrimas!... Sólo la hermanita pequeña, á quien él llevaba todos los días terrones de azúcar, le tendió los brazos sonriendo en el momento de partir.

Aquí sus recuerdos se atropellaban por el deseo de sucederse pronto. Recordó sus hastios en Bruselas, las cóleras del viejo pintor contra la pereza anuladora de sus condiciones sobresalientes de colorista, el proceso espiritual que fué elevando las aspiraciones de su alma sin multiplicar su fuerza de acción. Y en un instante, ya nublada por el arrepentimiento la grata tarea de recordar, pasó por la muerte de su protector; por su llegada á París, donde, poco á poco, sin saber cómo, gastó los tres mil francos heredados; por el encuentro fatal de aquel mister Velist, tentador y fastuoso, que le rodeó de todos los lujos que le eran queridos, que se llamó un amigo al comienzo—¿acaso no tenía motivo él para creer en las protecciones desinteresadas?—, y una noche, también sin saber cómo, adquirió derecho para pasearle con la clínica autoridad del magnate que exhibe las lacerias doradas de su

espíritu y de su cuerpo. ¡Oh, el lujo, el triste lujo que había gozado durante once meses! Sus miradas se pasearon, preñadas de amor y de rencor, por los muebles ricos, por los pálidos cortinajes que por sí solos incitaban al secreto, por las estatuas de actitudes valientes, por el estante lleno de libros con bellas encuadernaciones, por los divanes, por los cuadros, por el torso quebrado y viril de un discóbolo... El rencor no lograba matar al amor que había en su mirada. Sentía bajo las raíces de todos sus dolores circunstanciales, la pasión del lujo. ¿En dónde habíase arraigado en él? Y otra vez volvió á retroceder por el camino de los recuerdos, y casi tuvo la memoria física de aquella tarde de carnaval en que el cielo de optimismo extendía su diáfano cobalto sobre la ciudad regocijada. Recordó:

había llegado á Madrid con su protector, después de diez meses de ausencia, y en su hogar, en su madre, sólo halló esa ternura circunspecta que se establece entre los parientes cuyas vidas han cambiado de órbita. No le era grato estar en su casa; todo en ella le parecía adusto, sórdido. Entonces conoció á una muchacha modelo, que fué su primer amor. Ella tenía una mantilla negra y un vestido que le delineaba muy bien el talle; pero no se lo ponía nunca, porque los pintores, que habíanse obstinado en copiarla en gui-

ñapos de mendiga, opinaban que aquéllo le quitaba carácter. Hubo, como en todas las pasiones de adolescente, un lapso de ímpetus, de violencias y de furor erótico, que los hizo adelgazar. Durante las noches de invierno, en el estudio sin estufa, el amor fué, como en las casas de los pobres, una necesidad. Luego vinieron días de tregua... Y en aquella tarde de carnaval tan clara, tan tibia, Aurelio Zaldívar encontró el primer vestigio de su pasión por el lujo.

Fué á recogerla después de comer. Le había ofrecido una sorpresa. Ya habían convenido disfrazarse, pero cuando llegó vestido de levita, ella rió, y de pronto, viendo que él se enfadaba, le dijo: «Estás muy guapo, ¿sabes?... Pero que muy pocos llevan la levita como tú.» El júbilo lo ganó otra vez y descendieron á la calle, donde los aguardaba un coche. En la casa de trajes la muchacha tuvo un grato estupor al ver que en vez de vestirle un dominó ó un bebé, le iban poniendo una camisa con encajes, un corsé color malva, un collar de perlas, una enagua blanca y bulliciosa, unos zapatitos, un vestido princesa de un tono lila, un sombrero color plomo guarnecido de una pluma, que tal vez fuera demasiado grande. Por el frondoso paseo los coches marchaban trabajosamente, y algunos caballos erguían de tiempo en tiempo las cabezas, excitados por las

risas, por las voces aflautadas, por el murmullo gárrulo del gentío, por los papelitos de colores. Ellos iban en el coche como si no fuese carnaval: rígidos, solemnes, sintiendo el derecho de protestar cada vez que un bando de *confettis* lanzado desde las tribunas iba á caer sobre sus trajes. Cuando Aurelio se ponía de pie para ver mejor la compacta fila de carruajes que se alineaban delante y detrás de su coche, sorprendíase dolorosamente de ver máscaras. Este espectáculo mermaba su goce. ¿Por qué no había tenido valor para salir así otro día? Una vez que quiso la muchacha, por distraerse, contarle un incidente que le había ocurrido con un pintor, él le dijo con tan irritado acento: «¡Cállate!», que la pobre interrumpió su cuento sin concluir siquiera la palabra. Así pasaron toda la tarde, en silencio. Y deseoso de concluir, dió al cochero la dirección de aquella casa misteriosa y cara, que un amigo le había indicado. Los antifaces, que no se habían puesto, quedaron en el fondo del coche.

Ya en la habitación, él le prohibió desnudarse; ni siquiera le consintió dejar el sombrero. La sentó en un sofá y le habló con palabras rebuscadas y confusas. La imaginación enriquecía los muebles, que se multiplicaban indefinidamente en los espejos fronteros. Un ramo de geranios

cargaba el ambiente con su perfume áspero—todavía sentía Aurelio Zaldívar aquel perfume—. Debía haber en los otros días que no eran días de carnaval, citas parecidas, pero normales, en aquel gabinetito rosado. De pronto, vencido por todas las incitaciones, la tomó en brazos y la llevó á la alcoba. Y en ese momento en que una misma chispa degrada y hermana á todos los hombres, antes de curvarse definitivamente ante ella, que, descompuesto el traje y echado el sombrero hacia la frente, lo aguardaba azorada y feliz, Aurelio tuvo fuerza de voluntad para volverse á contemplar en el espejo su perfil dominador poseyendo á una mujer bien vestida... ¿Por qué no á una marquesa?... Los detalles de aquella noche tenían tanta vitalidad como las cosas presentes... El edredón era muy leve y de color violeta; en el lavabo había dos grifos—el de agua caliente no funcionaba bien—; en la pared, rayada con un alfiler, leíase esta efeméride: «Lucía 1904 día de Santiago»; un loro tarareaba en un balcón vecino la Marcha real...

Al cambiar instintivamente de postura, dejó ir la mirada por el balcón. La férrea armazón de la Torre Eiffel y el jardín del Trocadero,

lo forzaron á volver á la realidad. Todos sus conocidos de París pasaron en tropel por su memoria: los pintores del Barrio Latino, que lo explotaban y lo criticaban; don Juan Antonio Méndez, á quien debía una respuesta; madame Luzis insinuándole todos los días que podía encontrar una mujer que lo sostuviese con lujo; Natalia Roca, que á pesar de tener un hijo y un misterio tal vez deshonoroso en su pasado, suscitaba tanto respeto y tanta ternura. Otra vez quiso sustraerse al presente, pero ya no pudo. Los muebles, que antes habían permanecido sumisos á su anhelo de recordar, parecían ahora ocupar más sitio en la habitación. Había divanes obstinados en recordarle escenas dolorosas. El hubiera golpeado á las sillas, al vasto lecho saturado de perfume, á cada una de las limas para pulir las uñas. En la luz suave del crepúsculo hasta las cosas más inofensivas se delineaban con contornos hostiles. Y nuevamente, exaltado por el arrepentimiento, apoyó la cabeza sobre los brazos y apoyó los brazos sobre una silla. Los niños de un matrimonio argentino que vivía frente de él, y que le llamaban «el señor español», vinieron á la ventana, como hacían muchas tardes. Aurelio se hizo el dormido. Uno de los niños dijo al otro:

—Mira, mira cómo está rendido el señor español.

El otro, el más pequeño, sugirió:

—¿Vamos á desirle que coja una almohada, pues?

—No hables alto, ché, no lo despiertes. Cuando á mí me despiertan no puedo volver á dormirme.

Y se fueron. Como antes una sola frase le había recordado á su madre, ahora las palabras vulgares de los muchachos, el tono ingenuo, le recordaron toda su infancia. Volvió á llorar. Estaba pleno de ternura y hubiera llorado por cualquier cosa. Lloraba en silencio. Y hubiese dado lo mejor de su vida por que en aquel momento su madre estuviese junto á él para darse á conocer á ella con una sola palabra, con un solo sollozo; hubiera dado lo mejor de su vida por que, siquiera, no lo hubiese dejado solo don Juan Antonio Méndez.

II

Si la Embajada es, en cuanto al aspecto oficial, la representación de España en París, en cuanto al aspecto íntimo lo era la casa de los Craud. Los Craud no eran españoles ni habían traspuesto nunca los Pirineos; pero la madre del actual jefe de la familia estuvo casada en primeras nupcias con un almirante español, y desde entonces arraigó en la familia el amor á España, que tuvo en la época de monsieur y de madame Craud—don René y doña Ivonne—un florecimiento esplendoroso. En el testero principal del salón, el almirante, con un gesto sutil de burla dibujado entre las fieras y clásicas patillas de lobo de mar, presidía las reuniones todos los sábados. Al hablar con monsieur..., con el señor Craud—hay que llamarle así para merecer su estimación—, y sentirle tan listo, tan untuoso, tan sagaz, algunos preferían creerle un filósofo sabedor de que ser extranjero en todas partes es ser respetado en todas partes, á creerlo maniáti-

co de una manía inofensiva y cómica. En el principio, temiendo á la dificultad de congregar en su casa á todos los nobles españoles dispersos en las gratas sinuosidades de París, los Craud pensaron en atraerse la única aristocracia que les era asequible, y reclutaron en el Barrio Latino algunos poetas, músicos, pintores y generales carlistas expatriados, que pusieron prestigiosamente en marcha la serie de reuniones ibéricas y les pidieron algún dinero. Ya después de algunos años, el contingente se había normalizado, y ante las patillas heroicas del amante pasaban tres placidas horas los sábados por las noches todos los españoles distinguidos que no tenían cosa más divertida que hacer. El señor Craud se jactaba de que, al trasponer el umbral de su puerta, todos los sectarismos se fundían en el generoso y colectivo amor á la patria. «Una vez estuvo á comer con nosotros Don Jaime de Borbón—narra—, y ni siquiera quitamos el retrato de Alfonso XIII que hay en mi despacho. El rey es la personificación del país. Si alguna vez Don Jaime ó Pérez Galdós fueran jefes de la Monarquía ó de la República española, ocuparían el mismo sitio». Esta filosofía sabia, favorecida por algunas influencias, le valió la encomienda de Carlos III, distinción que halagó con exceso á unos y que encolorizó,

también con demasia, á los más. Tal vez el único que se mantuvo ecuaníme al juzgar el acontecimiento fué don Juan Antonio Méndez quien aseguró que, si bien el Sr. Craud no había hecho nada para merecer la condecoración, tampoco había hecho nada para no merecerla. Estas palabras debieron convencer á unos y á otros, pero no influyeron en ninguno, porque cuando se trata de envidiar ó de amargar una alegría, nadie hace caso de las frases sensatas. En París, el señor Craud tenía ya fama de hispanófilo, y los periódicos enviaban reporters encargados de sacarle con habilidad sus opiniones acerca de los cambios de gobierno, acerca de los monumentos artísticos, y acerca de los *loreadores*. Era seguro que las palmas académicas se las iban á ceder de un momento á otro.

De la situación económica de la familia nadie sabía nada. Como el señor Craud y su mujer no disputaban delante de gente, no cometían indiscreciones. Sus tés y sus comidas estaban servidos siempre con esa sobriedad que lo mismo puede indicar buen gusto que escasez. Cuando se rompía alguna taza ó alguna copa de champagne en un brindis harto caluroso, no ponían muy mala cara. Vivían en Saint-Mandé, frente al bosque Vincennes, en un hotelito alhajado con un lujo bárbaro y luminoso; pero sólo tenían dos cria-

das, españolas las dos. Emilio Benítez afirmaba que, una mañana, al ir muy temprano á buscar al señor Craud para que le sirviera de testigo, halló á su esposa, envuelta en un trapo la cabeza, encerando el piso del vestíbulo, sujeta al pie derecho una pantufla de gamuza, que le daba un aire de patinadora. Pero esto, dicho por Emilio Benítez, adquiriría una pátina de incertidumbre; su lengua era casi tan mala como su pincel. También calumnió á un pintor valenciano propalando haberle ayudado á ejecutar un cuadro que premiaron con mención honorífica, y luego se supo que el pobre hombre lo había copiado de una ilustración alemana.

Los más conocedores de la familia aseguraban que la señora Craud era rica y celosa, que él aguardaba una ocasión propicia para reclamar al gobierno español la herencia de ya no sabía cuál antepasado del almirante: herencia quimérica y elástica que tan pronto se contaba por miles como por millones. Y afirmaban también, que el señor Craud, injerto de egoísta y de escéptico, gastaba no poco de la renta de su mujer en trámites imaginarios que en vez de ser cobrados por el Consulado español, lo eran por lindas muchachas empleadas en los almacenes. El egoísmo del señor Craud había sido formulado en una frase por su inseparable amigo Sebas-

tián: «Si encima de la mesa hay dos chuletas y el gato se come una, el señor Craud dirá á su esposa: El gato se ha comido tu chuleta». Esta síntesis casi culinaria será comprensible en cuanto se advierta que Sebastián—todos le llamaban Sebastián; nadie conocía su apellido—sólo era sensible á dos promesas: la restauración de la República española y una mesa bien cargada de platos nacionales, pero abundantes. Sebastián era hombre de tanta fuerza de voluntad, que, en diez años de permanencia en Francia, había logrado no aprender ni una sola palabra en francés. Entre él y el señor Craud había siempre acuerdo; pudiera decirse que acerca de todas las cosas tenían iguales opiniones, si para historiar con más justeza no fuese preciso escribir que el señor Craud partía munificamente en dos su opinión, para darle la mitad á su amigo. Salían todos los días y muchas noches juntos, ornados los ojales de las solapas con las cintas de las condecoraciones, cosa que les permitía tutear á los empleados subalternos de todas partes y no ser tratados mal por los guardias. Iba á decir que Sebastián era el escudero del señor Craud; mas como en cuanto se arriesga la palabra escudero, la imaginación echa á andar por delante de ella á la escuálida y colosal figura de Don Quijote, forzoso es hacer una

distinción: Sebastián era el escudero, pero el señor Craud no era el caballero. ¿Que esto es difícil de comprender? Suponed á Sancho Panza con escudero; digamos mejor aún, que el señor Craud y Sebastián eran escuderos el uno del otro. El matrimonio Craud tenía una hija de catorce años que soñaba á menudo con Sebastián, con la revolución francesa y con Mirabeau, haciendo de los dos personajes uno solo y colocando la Bastilla en la Plaza de Oriente.

Aquella noche los dos amigos llegaban con retardo. El señor Craud preguntó á Sebastián:

—¿Qué le diremos á mi mujer?

Sebastián, que tenía la cómoda costumbre de responder á las preguntas interrogando, dijo:

—¿Qué pretexto inventaremos para tu mujer?

—No se me ocurre.

—Hoy no podemos decir nada del cónsul; hace una semana que vamos á verlo todos los días, y concluirá por escamarse.

—Ya se me ha ocurrido.

—No hay hombre como tú.

—Hemos estado en la Embajada, y me han pedido quinientos francos para papel sellado.

Tomaron el Metropolitano para ir hasta la avenida Daumesnil. Sebastián se quedó de pie, deseoso de sentir de cuando en cuando los cuerpos fragantes de las obreritas que subían y ba-

jaban apresuradamente, sin cuidarse de la manera como aprovechaba él los vaivenes del coche. El señor Craud se sentó porque una sabia degeneración le había llevado á no amar sino á las mujeres honestas.

Los sábados constituían una tregua en la vida de la señora Craud, que añadía á las tragedias cotidianas el encono de unos celos justificados y monótonos. Estaba contenta en sus reuniones, no porque le parecieran poco peligrosas las mujeres que recibía: por suponer que ninguna de ellas se interesaba por su marido. Además, en su concepto de los peligros humanos, todos los limitados por las paredes de un hogar le parecían menos terribles. Una criada guapa ó una amiga bella, desgraciada y con necesidad de consuelos, jamás la preocuparon tanto como las desconocidas de afuera. Eran los almacenes, los cafés de los *boulevards*, las ferias, aquel Luna-Parc de quimera barata, tan propicio á los amores improvisados, y más que todo: las pérfidas calles de París, llenas de asechanzas femeniles, las únicas cosas que poseían virtud para excitar su fantasía. La palabra «calle» era el nombre genérico de sus ideas de

perdición ; y cuando le preguntaba á su marido : «¿Te vas á la calle?», el señor Craud la interpretaba : «¿Te vas al burdel, al lupanar, á la orgía?»

Ciertamente que la belleza madura y dominadora de madame Luzis y la belleza lánguida de Natalia Roca eran temibles ; pero su instinto decíale que una y otra, madame Luzis con su acometividad de mujer rica, y Natalia con su aspecto á la vez altivo y humilde, sentían por Aurelio Zaldívar un interés transparente hasta para las miradas menos suspicaces. En Francia, donde el amante tiene el aspecto de otro marido un poco menos legal, donde, como una obsesión familiar que concluye por no producir miedo, tiene un lugar preferente en todas las comedias, en todos los libros que aspiran á ser populares, y donde las niñas de quince años ya saben, por lo menos en teoría, á qué atenerse respecto á él, Ivonne Craud tuvo casi derecho á suponer que el término de esa simpatía había de resolverse en alguna alcoba de alguna casa de la «calle». Y lo suponía sin malicia, siguiendo la norma de este adagio de Sebastián : «Mientras no tenemos pruebas de que una mujer es honrada, debemos suponer que no lo es». Sebastián era un hombre extraordinario, cuya brutalidad turbaban raras chispas de espiritualismo. A veces,

sus asociaciones de ideas eran interesantes por lo lejanas ; el día que veía un cadáver, le era imposible comer carne.

Ya á las nueve estaban en el salón de la casa todos los esperados aquella noche. En un sofá, debajo del retrato del almirante, don Juan Antonio Méndez y Emilio Benítez hablaban en voz alta :

—¿Y para qué ha ido á España? ¿Para sufrir el dolor de ver pasear á seres indiferentes por lugares queridos? Ya nadie me conoce allá. De este modo, sin salir del destierro, me parece que mi patriotismo es más puro.

—Yo—dijo socarronamente Benítez—, no me explico dejar de ir á pasar una temporadita á Madrid sino por falta de dinero. Pero desde ahora, en cuanto me pregunten diré lo que usted.

—Dirá usted lo mismo, y como no lo sentirá, todo el mundo se llamará á engaño ; y aunque lo crean... lo difícil es engañarse á sí mismo.

—¿Pero pretende usted hacerme creer que hay placer en privarse de una cosa agradable?

—Para mí sí, Benítez. Yo podría mañana mismo tomar el tren hacia Madrid. Estoy amnistiado desde hace mucho tiempo, y puedo ir á España cuando quiera ; esto me basta. Cada quince días, cuando estoy muy aburrido, proyecto ese viaje. ¿Verdad, Natalia, que quien

aseguró que el día más feliz es el de la «vispera» fué un sutil filósofo? Hay que colocar lejos la esperanza, hay que no lograr todas las cosas para ser menos desdichado.

Casi al mismo tiempo, madame Luzis y Natalia Roca comenzaron esta pregunta que sólo madame Luzis concluyó:

—¿Usted cree?...

Y don Juan Antonio:

—Sí; estoy casi seguro de que cuando no se es perfectamente ignorante, la única manera de no ser infeliz es ésa. Todos los hastíos están del otro lado de la posesión. Verdad es que hay quien se cansa de desear, pero... ¿Volvería usted á su país, Natalia?

Natalia Roca miró al techo, recordando; y detrás de su frente, que era noblemente abombada y tersa, la visión de la ciudad tórrida en donde la brisa, el igneo azul del mar y la luz tan viva como un relámpago perenne tenían siempre dispuesto el cuerpo á todos los reposos, le hizo revivir con aguda realidad su pasado. Se agolpaban las memorias tristes; recordó su afrentoso matrimonio, el dolor de los viejos padres, á quienes los ultrajes que ella recibiera del marido procaz fueron poco á poco curvando, hasta hacerlos casi entrar naturalmente en la fosa; recordó la indiferencia irónica de la gente y su

estupor de pobre muchacha ignorante de las asperezas de la vida, al ver que todo continuaba la ruta de júbilo sin detenerse á lamentar su desgracia. No, no regresaría nunca á su país. ¿A qué? Y su pensamiento aferrábase al hijo de cuatro años, lazo que fuertemente la ataba á la lucha; lazo á la vez dulce é incitador que le hizo abandonar al mal hombre, venir á buscar la soledad á París, y ya allí, temiendo á los peligros de la introspección, abandonarse al trato de nuevas gentes con las que forjar la quimera de una nueva vida.

Todos escuchaban con respeto á don Juan Antonio Méndez. Era allí equivalente á uno de esos personajes que por comodidad ó por necesidad crean los novelistas, confándoles la misión de dar formas á los pensamientos que son corolarios de las acciones de los demás: eje espiritual alrededor del cual el giro de los otros personajes se hace armónico. Y tal vez fuese un personaje novelesco, porque en contra de lo dicho por monsieur d'Agerton en un libro de Alfonso Daudet, la vida es una novela. Don Juan Antonio Méndez, con el velo opaco con que sabiamente circunvala los puntos capitales de su existencia, con el tono de continuo reidor, en cuyo fondo barruntaban los inteligentes una recóndita hez de amargura que los resarcía de la envidia

que algunas veces solía suscitar, tenía esa realidad inconsútil de los protagonistas de novelas. En una ocasión—todos los sábados se oponía tíbiamente á las ideas de Emilio Benítez—, dijo: «En verdad que los ricos y los hombres de talento debieran tener siempre defectos físicos ó carroñas morales. Hay una satisfacción anárquica cuando se dice: El señor Ruiz es millonario, pero un cáncer en el estómago no le deja comer». O, «¡ Si este poeta no tuviera piojos y se alimentara todos los días...! » Y sus palabras tenían la virtud de hermanar á todos los reunidos. Hablando con él, Emilio Benítez y el filósofo Ramiro Nors, enemigos lógicos y violentos, parecían buenos camaradas; madame Luzis no se atrevía á zaherir á Natalia Roca si él tomaba parte en la charla. Hasta la señora Craud adquiría, al conversar con él, un tenue reflejo intelectual: el que adquiere el hierro al golpear el pedernal y sacarle chispas.

Aurelio Zaldívar entró, disculpando su tardanza: había tenido que ir un momento al teatro. La pechera y el blanco chaleco de etiqueta acentuaban su palidez. Natalia Roca pensó que habría trabajado mucho, y madame Luzis que había estado todo el día de juerga. Al entrar, Aurelio miró suspicazmente á todos los rostros, tratando de darse cuenta de si sabían... Pero

no; Sebastián y el señor Craud jugaban intranquilamente á las cartas, esperando el momento de la libertad; Nors trataba de convencer á Benítez de cuánta razón tuvo Bergson al decir que otra fuente de conocimiento es la intuición; madame Luzis y Natalia lo miraban sin ningún propósito nuevo, como siempre. Dándose quizá cuenta de las zozobras que lo atormentaban, don Juan Antonio Méndez dijo á Sebastián, para atraer hacia él la atención:

—Usted es de los que tienen la sustantividad y la fuerza de carácter necesarias para no ser absorbidos. Usted no será nunca ni un afrancesado, ni un germanizado; nada puede ejercer influencia en usted, porque usted tiene la condición divina de la inmutabilidad. En el fondo, Sebastián sigue viviendo en España; ha substituído las dimensiones, las formas, la topografía, las gentes..., pero su situación con respecto á las cosas, sigue siendo la misma. ¿Qué importa que una plaza se llame Place de l'Opéra ó Puerta del Sol? Es usted quien españoliza todas las cosas de París. Con unos cuantos millones de españoles como usted, la conquista pacífica de Francia sería un hecho

Y Sebastián, en quien, dado su concepto poco heroico de todas las cosas, la palabra «conquista» no sugería ni la figura ciclópea de Pizarro,

ni la del Cid, ni siquiera las victorias presuntas del almirante, sino las buenas, frescas y acomodaticias muchachas de «Le Printemps» y de «Les Galeries Lafayette», sonrió con su sonrisa de sátiro ingenuo, permitiendo recobrar á Aurelio Zaldívar la calma. Cuando sonaron las once, don Juan Antonio Méndez comenzó á despedirse de todos. Aurelio quería hablarle, pero no quería salir con él. Sin prever ninguna indiscreción ni ningún reproche, un terror pueril le hacía temer la larga confesión con sus detalles dolorosos. Sería otra vez, al día siguiente, pero no aquella noche; y en su espíritu se agrandaba el miedo á encontrarse solo con él, tal vez cogido de su brazo, en la soledad del paseo, muy distante del primer tranvía donde la gente pudiera ser obstáculo en el plano inclinado y resbaladizo de las confidencias. Al oírle decir á Zaldívar que se quedaba un rato para regresar luego con Sebastián y con el señor Craud, don Juan Antonio se puso los guantes, dispuesto á no acelerar ni retardar aquel momento necesario. Pero, de súbito, cuando ya tenía en la mano el sombrero, Aurelio, pretextando darle un recado, lo llevó á uno de los balcones.

—Quiero hablarle; quiero decirle mi decisión.

—Yo no necesito saberla, querido Aurelio.

—Sí, usted sí.

—De todos modos, no tenemos prisa; puedes esperar...

—No; prefiero que sea hoy.

—Habla.

Ante ellos el bosque Vincennes explanaba su extensión rumorosa y compacta, donde los caminos eran retorcidas líneas oscuras. En el estanque dos luces alargaban siniestramente los temblores de sus reflejos. El viento llevaba fragancias ásperas y ruidos de voces lejanas. No parecía que estuviese tan cerca la ciudad, y hasta una punzante desilusión penetraba el espíritu cuando allá, hacia la puerta dorada de Saint-Mandé, los focos de los tranvías empequeñecían la quimera de estar en un verdadero bosque, distantes de la civilización, entre las cumbres serenas, sedantes y austeras de las montañas.

—Habla.

—He decidido—si usted no se opone—vivir seis meses en París, en rentista; gozando por primera vez, sin la constante vergüenza de antes, el lujo que me es tan querido, y que acaso no vuelva á disfrutar nunca más. Ni seguiré la vida que me aconsejó mister Velist, ni me martirizaré proyectando; viviré sencillamente como si me fuera á morir de aquí á seis meses, ó como si fuera á nacer otra vez... Luego, en tercera, al igual de los emigrantes, de quienes deseo ser compañe-

ro, iré á América á ganarme la vida... No suponga usted que el recuerdo del hijo debilitará mis esfuerzos; no, será más bien un premio anticipado, hasta un consuelo para el fracaso... Además, no he de fracasar; yo debo servir para alguna cosa.

—Pero...

—No crea que es un sueño de muchacho; le juro que lo he pensado mucho

—¿Y has tenido en cuenta todas las circunstancias en contra y en pro? ¿Has calculado tus fuerzas y las que han de oponérsele? ¿Es una decisión, una línea de conducta bien meditada?

—Sí, sí.

—Pues entonces, síguela.

Los llamaron. Había en la voz de madame Lutzis, al llamarlos, algo de encubierta violencia.

El señor Craud, Aurelio y Sebastián salieron juntos. Un tranvía los dejó en la plaza de la Nación, y de allí fueron hasta el bulevar Sebastopol en la imperial de un ómnibus. Tomaron cerveza en la terraza de un café. Luego anduvieron largo rato hablando con vivacidad de cosas inútiles, acerca de las que el señor Craud y Sebastián sostenían opiniones contrarias á las

de Aurelio Zaldivar. Al pasar por una calle angosta, una mujer que paseaba lánguidamente por la acera, los llamó. Se acercaron.

Bajo el abrigo, el cuerpo perdía sus contornos; veíase nada más que era faca, con esa precaria angulosidad que dan los excesos ó las privaciones. Las ojeras artificiales pretendían atraer todo el interés hacia los ojos; pero, en contra de sus deseos, la boca larga y dolorosa se adueñaba de la atención. Porque por aquella boca pasaban cinismos impropios de ella; por la palidez mal encubierta de los labios, hacía pensar en faltas de pan, en faltas de fuego, en anemias, en insomnios, en cosas graves é irrecurables, mientras ofrecía el lecho tibio y el calor po que tantas veces no habría tenido otro calor que el efímero prestado por los amantes indiferentes. Y apenas entre una y otra frase atrevidamente quedaba un lapso de mutismo, los labios, juntándose igual que dos hermanos en un momento de peligro, eran una visión de sufrimiento. Aquella mujer, sin hablar, habría inspirado una gran compasión. Tal vez sufría sin darse cuenta.

Aurelio Zaldivar la hubiese dado dinero á no haber ido con el señor Craud y con Sebastián. Hay hombres tímidamente buenos que sólo tienen la audacia de serlo cuando están solos. La

mano velluda de Sebastián había ido á abismarse entre la amplitud del abrigo. Y la mujer charlaba y reía llena de esperanza, esquivando la mano de Sebastián para acrecentar con la resistencia el deseo. El señor Craud bromeaba con su amigo al servirle de intérprete. Aurelio, siempre temeroso de que su silencio con las mujeres fuera mal interpretado, le preguntó:

—¿Hoy no has tenido buena suerte, eh?...
¿Es muy difícil atraer á los hombres?

—Según—dijo ella queriendo hacer pícara la mirada de sus ojos cargados de sueño : A los viejos no se les mira ; se pasa delante de ellos y se sigue despacio, sin volver la cabeza ; á los hombres maduros, que suelen ir pensando en otra cosa, hay que coquetearles : ceñirse bien la falda á la pierna, morderse los labios... ; á los jovencitos se les llama, porque algunas veces son tímidos.

—De noche siempre. ¿Verdad?

—Sí. Los que dan citas para el día siguiente no acuden nunca. Ya sabe una que no les ha gustado ; que darán citas á dos ó tres más, y que concluirán yéndose la misma noche con la última que los aborde.

Aquella era una nueva ventana abierta á la vida, por donde Aurelio se asomaba con cándida curiosidad. El señor Craud sonreía, y Sebas-

tían sonreía también, sin comprender, por imitarlo. Aurelio volvió á preguntar:

—¿Y qué lugares son los mejores?

—¿Lugares? No se puede decir ; los días de lluvia no son lo mismo que los días de sol ; hay temporadas difíciles en que los hombres parecen estar de acuerdo. Es bueno situarse en la calleja oscura que esté más cercana á un teatro ; á menudo los hombres salen de los teatros dispuestos á llevarse la primera mujer que encuentren.

Bajo la luz móvil del farol las sombras oscilaban y se fundían como si anticiparan el propósito de la mujer. Aquellas palabras dichas con descoco suscitaban en Aurelio Zaldívar una grave emoción. El había visto á las mujeres llamadas alegres en la taberna Pascal y en el Panteón, y luego, cuando su florecimiento económico lo alejó del Barrio Latino, en los cafés elegantes del Bosque, en las tertulias y en los teatros. Las había visto sin preocuparse por la tragedia que hay detrás de sus proposiciones de amor, y esta pobre mujer, en un momento, queriendo ser ingeniosa, hábale revelado el dolor de todas las que viven de denigrar el acto á que deben la vida. Y aquello fué como uno de esos versos leídos innumerables veces de modo maquinal, que un día, á favor de un crepúsculo iniciativo, á

33460

favor de una tristeza, á favor de un poco de alcohol, nos muestran la totalidad de su sentido.

Sebastián se hubiese ido con ella, pero el señor Craud no quería continuar solo el paseo. Cuando la mujer vió perdido su tiempo, se enfadó. Algunas palabras ásperas se cambiaron; Sebastián la llamó flaca y bruta, y ella, sin comprender bien los insultos, le llamó *salop*. Los denuestos perdían su dureza en la noche casi luminosa, tibia como una caricia, digna de tolerancia y de paz. Se separaron. Aurelio, con el pesar de no haberse atrevido á socorrerla, la vió marchar un rato con el aire fiero y fácil hasta perderse en el tumulto del bulevar.

Siguieron largo espacio en silencio. Tal vez el señor Craud y Sebastián habían ya olvidado la aventura, cuando Aurelio preguntó á este último:

—¿Y se hubiera usted ido con ella así, sin conocerla, sin saber siquiera su idioma?

— Naturalmente.... No necesitábamos hablarnos.

Aurelio imaginó el cuarto cerrado y á Sebastián y á la pobre mujer, sin la menor comunicación espiritual, entregados al amor violento y sudoroso, al amor con toda su furia, con toda su agresividad, que en vano tratamos de suavizar con frases de larga vibración infantil. Y esto

era para él incomprensible y tan repugnante como un delito. Si hubiese dicho en alta voz sus escrúpulos, el señor Craud y Sebastián se hubieran mofado. El tenía necesidad de la inteligencia, del preludio, de la ilusión de creerse enamorado definitivamente para poseer á una mujer. Sebastián, no; á su carne le era lo mismo la hembra que no se ha visto nunca y que no se espera volver á ver. Y Aurelio se indignaba con ese santo romanticismo de los jóvenes y de los viejos de noble ancianidad, con el calumniado romanticismo cuyo engaño nos resarce de tantas inmundicias axiomáticas. ¿Cómo no comprendía Sebastián las náuseas de poseer á una mujer así? Aurelio era todavía muy niño é ignoraba que la mayor parte de la felicidad está precisamente en eso: en no comprender.